

Capítulo 1 - - Luces pálidas

- Capítulo 1 - - Luces pálidas

Capítulo 1 - - Luces pálidas

Ninguna de las ganzúas funcionaba. El arrendador probablemente se había asegurado de colocar cerraduras de buena calidad, lo cual era, admitámoslo, bastante sensato por parte del hombre si consideramos que Tristan intentaba robar a uno de sus clientes.

“Deberías haber empezado con las ganzúas,” dijo Fortuna. “Te lo dije, ¿no?”

Ella se apoyaba contra una pared sucia bajo la débil luz de la única linterna en el pasillo, su largo vestido rojo que arrastraba hasta el suelo, con un tono claramente aburrido. No había bajado la voz en absoluto, lo que habría arriesgado despertar a su amigo al otro lado de la puerta si alguien más que Tristan pudiera oírlo. No podían, ni mucho menos verle ni tocarla—Fortuna aún conservaba los sentidos, pero se había vuelto demasiado débil para tocar el mundo material. Hasta donde él sabía, Tristan Abrascal era el único contratista de la Dama de las Probabilidades en toda Vespero, y él conocía mucho. Fortuna no era de esas diosas que disfrutaban del sonido de su propia voz.

“Y pensar que una vez fui la mistress de reyes y emperadores. Se organizaban festivales enteros solo para conseguir una mirada aprobatoria mía, Tristan,” lamentó Fortuna. “Ahora, lo único que puedo invocar es a un huérfano, con habilidades de robo pésimamente mediocres.”

Él puso los ojos en blanco. Todas las antiguas deidades querían creerse las más grandes que hayan existido, las que alguna vez emergieron del éter para hacer pactos con los hombres o incluso gobernarlos en la época de la Noche Antigua, pero, en su experiencia, la mayoría no eran más gloriosas que los ladrones y mendigos polvorientos con los que hacían tratos en la penumbra.

“Yo también te quiero,” murmuró Tristan mientras buscaba las ganzúas.

Solo poseer esa vaina de cuero bien cuidada sería suficiente para que lo azotaran antes de encerrarlo en una celda, si la Guardia lo descubriera con ella. Pero eso nunca había ocurrido. La abrió y reveló un juego de herramientas bien aceitadas, por su calidad claramente costosas, regalo de la Abuela, aunque como todos sus obsequios, él tuvo que ganárselo por sí mismo. Con cuidado, introdujo la horquilla de tensión en la cerradura para no hacer demasiado ruido y despertar al hombre al otro lado de la puerta, empezando a manipular la ganzúa. Rápidamente levantó una ceja.

El arrendador del Azulejo era un hombre adinerado, pues el hostel era el más grande en todo el Distrito Estebra, y Estebra era, con diferencia, el más rico de los seis distritos conocidos como la Penumbra. Sin embargo, en esta ocasión parecía que el tamaño del establecimiento jugaba en contra del propietario. Casi cien habitaciones significaban que hubiera costado una fortuna asegurar cerraduras de calidad en cada puerta, a menos que se compraran en grandes cantidades en alguna de las grandes fábricas. Esos modelos masivos eran idénticos: incluso los mejores tenían sus debilidades. Fortuna, apoyando una mano en la pared, se inclinó para mirar más de cerca. Podía sentir su respiración contra su mejilla, cálida y suave.

Era una ilusión, pensó, pero una tan convincente que superaba incluso a la realidad.

“¿Una cerradura Gongmin?” preguntó la diosa. “Conoces esas. ¿Qué te está deteniendo-”

Con un sonido amortiguado—agradezcamos a los dioses por aquel sirviente que se dedicaba diligentemente a mantenerlas bien lubricadas—la cerradura saltó abierta. Le sonrió a Fortuna con una expresión angelical, a lo que ella rodó los ojos. La diosa podía considerarse una gran belleza, con aquellos ojos verdes vivos y su cabello dorado, pero incluso de joven nunca quedó hechizado por su apariencia. La Dama de las Probabilidades era esencialmente una colección de costumbres terribles disfrazadas de deidad, y no era precisamente habilidosa en ocultarlo. Pero a Tristan no le importaba. Su vida no era del tipo que alguna antigua y gloriosa Mán sería honrada en pactar, mucho menos uno tan cercano e íntimo como el que compartía con Fortuna. Además, la mera idea de estar atado a uno de esos viejos monstruos prístinos le daba náuseas. Que los infanzones se queden con ese privilegio, ojalá se atraganten con él y entre ellos mismos.

Los instrumentos retornaron a la funda, y Tristan la cerró con cuidado antes de guardarla en el bolsillo interior de su abrigo, cosido de manera segura. Se aseguró de que las llaves maestras, guardadas en otro bolsillo, permanecieran bien entre las plumas, para que no hicieran ruido al moverse, y luego puso un dedo sobre el mango del bulto en su cadera. No le gustaba matar, al menos no a desconocidos, por eso prefería eso a los cuchillos que la mayoría en su oficio solía usar. La pequeña arma de cuero y plomo se ajustaba perfectamente a su mano, y él había practicado con ella, aunque, si dependiera de Tristan, esa noche no habría violencia. En y fuera con el cofre que había venido a robar, sin que la persona en la habitación se diera cuenta hasta mañana. Idealmente. Pero esta noche, sin embargo, sería una prueba de la abuela.

Esas experiencias generalmente no eran indoloras, aunque inevitablemente le enseñaban valiosas lecciones.

Tristan abrió lentamente la puerta, dejando escapar un rayo de luz tenue de la linterna del pasillo que se filtraba en la oscuridad. Había revisado otras habitaciones en los últimos días para saber dónde estaban las camas y las mesas, y por lo que alcanzó a ver a través de la rendija, no había cambiado la disposición. La mesa estaba en la esquina de la derecha, con una sola silla, lo que significaba que la cama debía estar justo fuera de su campo de visión: en la esquina izquierda, cerca, pero no apoyada directamente contra la pared. Desde el ángulo de su mirada, vio a Fortuna guiñar un ojo y él le sonrió en respuesta. Ella había aceptado, tras algunos ruegos, vigilar afuera de la habitación.

Tristan abrió la puerta un poco más, se deslizó adentro y la cerró suavemente tras de sí. El joven ladrón esperó en silencio hasta que sus ojos se acostumbraron a la penumbra, afinando su oído. Solo alcanzó a escuchar la respiración tranquila de un hombre dormido, junto al movimiento de un cuerpo bajo las sábanas. El cuarto en sí era bastante sencillo. A la derecha, estaba la mesa y la silla que había vislumbrado antes, con algunos papeles y un estuche de escritura. A la izquierda, la cama, con un marco de madera y un colchón de paja. Al pie, había un arcón destinado a que los huéspedes guardaran sus pertenencias, y sobre él descansaba un pistón y una espada de armamento, cubiertos por un manto negro doblado a medias. El último detalle lo dejó completamente inmóvil. ¿El hombre que dormía era uno de la Guardia?

Si ese era el caso, esto se convertía en un error garrafal. Robar a un miembro de la Guardia de capa negra nunca era una buena idea, incluso en los momentos más favorables, pues todos eran asesinos hábiles; pero si resultaba que Tristan estaba obstaculizando un contrato, no sería solo el hombre el que lo buscara, sino toda la compañía libre a la que él pertenecía. Y peor aún, se decía que la Guardia estaba vinculada por antiguos tratados que prohibían aceptar contratos dentro de Sacromonte, salvo por invitación del infanzón, así que, por un momento, su pensamiento se detuvo. Tristan dirigió una mirada pensativa al hombre dormido. Fue la abuela quien le había enviado en esta prueba; lo había olvidado en su sorpresa, y Tristan había sospechado desde hacía tiempo que la propia abuela era una de la Guardia.

Mucho había más en todo esto de lo que parecía. Y si el hombre estaba allí por un contrato, ¿por qué estaba solo? El infanzón, los nobles que gobernaban Sacromonte, tenían sus compañías favoritas con las que contrataban cuando necesitaban trabajos en la ciudad. Ninguna de esas empresas era pequeña; todas eran famosas, casi como un ejército propio. Y ninguna de ellas dejaría a uno de sus hombres en un lugar como el Azulejo, pensó Tristan. ¿Entonces, el hombre estaba allí por negocios privados? No, decidió el ladrón, de otro modo no se habría atrevido a llevar esa capa negra como emblema del oficio de la Guardia. Los ojos de Tristan se entrecerraron. Solo tenía suposiciones, pero demasiados detalles no encajaban.

Su instinto le decía que era un desertor, y Tristan Abrascal confiaba en su intuición.

Eso significaba que ahora estaba libre para robar otra vez al desconocido, aunque con mucho más cautela. La daga de un desertor podría matarlo igual de rápido si se deslizó entre sus costillas. Desde la esquina de su ojo vio que Fortuna ya se había aburrido de vigilarlo y lo seguía hacia la estancia. Sintió un suspiro contenido al verla curiosamente inspeccionando los papeles sobre la mesa; solo era cuestión de tiempo antes de que se alejara, aunque él había esperado que durara un poco más. La diosa le hizo una señal con la cabeza, haciendo girar su dedo para que acudiera a su lado, pero él negó con la cabeza. Solo había venido por el baúl que la Abuela le había pedido buscar, nada más. No era prudente involucrarse en asuntos de la Guardia más de lo que ya estaba.

Lamentablemente, no encontraba el referido baúl, aunque no había movido mucho. Se acercó sigilosamente más adentro de la habitación, con la vista buscando, y en pocos momentos encontró lo que buscaba: por muy vacía y simple que fuera la habitación alquilada, no había lugares verdaderos para esconderse. El baúl estaba junto a la esquina del cofrecillo, medio cubierto por un manto. Era fácil de reconocer por la descripción que le habían dado: una madera oscura y brillante, con rayas de cuero para facilitar su transporte a la espalda, y bisagras de cobre pulido. Dentro, había piezas de cristal y metal, como había dicho la Abuela, así que debía tener cuidado al moverlo para no hacer ruido. Fortuna seguía mirándolo, haciendo gestos insistentes para que se acercara, pero él negó con la cabeza, cada vez más irritado.

Se acercó con sigilo al pie de la cama, en ángulo para que el cofrecillo lo escondiera, y empezó a sujetar el baúl de madera. Con una prueba, comprobó que no era tan pesado; de manera curiosa, Tristan contuvo la respiración y apartó con cuidado el borde del manto para comenzar a mover el baúl sin arrastrar la lana negra.

“Tristan, necesitas leer esto,” susurró Fortuna. “El hombre tiene un contrato.”

El joven ladrón dio un salto sorprendido, al notar que el rostro de la diosa se había puesto grave en la penumbra. Se dio cuenta, un instante tarde, que sus ojos se estaban abriendo mucho. La fría culata de una pistola tocaba la parte posterior de su cuello.

“¿Eres un ladrón, entonces?”

La voz era calmada, pero la ira latía a flor de piel. La acento azteca era leve pero evidente, principalmente en la manera en que las palabras se clavaban en la lengua. Tristan tragó saliva y esbozó una sonrisa encantadora. Aún no estaba muerto, lo que significaba que todavía había tiempo para salir de aquel agujero en que se había metido.

“Todos los hombres son ladrones, en realidad,” respondió. “Solo que los ricos llaman a eso renta o impuestos, para que podamos olvidar qué es en realidad.”

Un resoplido de diversión a regañadientes.

“Así que eres un ladrón republicano.”

Supuso que el hombre se refería a la filosofía política, más que a la raza, ya que incluso en la oscuridad sería difícil que Tristan pudiera pasar por un Tianxi.

“Nada tan grandioso,” negó Tristan. “Soy un leal hijo de Sacromonte, señor. Mi fe está con la Ley de las Ratas.”

La pelea acorralada, la mordida hambrienta, la serra y la rapiña: así era la Ley de las Ratas, según los versos de la famosa poetisa Ilaria. No había alma en la ciudad que no hubiera escuchado el poema, y para muchos en Murk, era tan sagrado como cualquier decreto del infanzón. Tristan intentó dar un paso para ver mejor a ese hombre que le apuntaba con la pistola al cuello, pero el desconocido chasqueó la lengua en señal de desaprobación.

—Nada de eso—, dijo el vigilante—. A menos que desees que aprieten el gatillo.

Tristán se quedó inmóvil. Frente a él, Fortuna permanecía, observando al hombre y negando con la cabeza. El desconocido no estaba fingiendo, la pistola estaba completamente cargada.

—Quizá seas de la Ciudad—, dijo el hombre—, pero esto no es un robo menor. La habitación tiene buena cerradura y no tengo la apariencia de ser una presa fácil o rica. ¿Qué buscas aquí, chico?

Tristán vaciló.

—Entonces, te enviaron—, afirmó el hombre, con tono confiado.

Demasiado confiado, pensó el joven ladrón frunciendo el ceño. Miró a Fortuna, que no tenía más respuesta que una mueca de disgusto. ¿También aquel hombre poseía un contrato con un dios? Si era así, esta conversación era aún más peligrosa de lo que había pensado, y había comenzado con una pistola presionada contra su cuello.

—¿Quién fue el que envió?—, preguntó el hombre—. Dame un nombre y no tendrás que morir esta noche. Tu amo es mi enemigo, no tú.

Quizá si hubiera podido ver su rostro, habría marcado la diferencia. Tristan habría podido distinguir los rasgos aztecas, la piel más oscura y la mandíbula ancha. No sería solo la voz, diciendo palabras que ya había escuchado antes. Tal vez no exactamente iguales, pero ¿acaso no significaban lo mismo? Los arrendadores, los jefes, los infanzones, todos mirando desde el otro lado de la mesa con esa sonrisa que parece de misericordia. Solo danos nombres, pedían. Nos perdonarás, serás excarcelado, expulsado de toda culpa. Pero danos los nombres. Dame a tus primos, tus vecinos, tus amigos. Dános nombres para alimentarnos de todos quienes desafíen nuestras leyes, y tú serás el último en ser devorado. Tristan sabía que no debía confiar en esa promesa. Su padre le había enseñado esa lección con su propia vida.

—Cuidado ahora—, dijo el hombre, con tono frío—. Reconoce cuándo estás derrotado, muchacho.

Tristán Abrascal sonrió. Fortuna sonrió también, una diosa engalanada en oro y sangre, con dientes pálidos como marfil y afilados como cuchillas.

—Lo sé—, respondió, y pidió una pizca de suerte.

El tictac en la parte trasera de su cabeza comenzó, como las engranajes en movimiento de un reloj, pero el ruido fue silenciado por el disparo al gatillo. La chispa descendió, pero en lugar de impactar en la cazoleta y encender la pólvora, se partió limpiamente. La suerte de Tristan había sido la mejor, que el arma de atalaya fallara de manera tan catastrófica. Tendría que pagar por ello más tarde. El hombre maldijo y el joven ladrón se giró al levantarse, con un tong en la mano. El hombre de capa negra soportó el impacto en su barbilla, girando con el golpe, y fue el turno de Tristan de maldecir. No estaba seguro de ganar una pelea de verdad, había querido acabar rápido. Pero en lugar de eso, el tictac en su cabeza seguía avanzando a ese mismo ritmo constante, y lo arrastraron con el hombre hacia la cama.

Atrapados entre las sábanas, como una parodia de amantes llenos de odio, lucharon intentando apartar las armas del otro y atacar de manera limpia— Tristan con su tong, el hombre con la culata de su pistola. Este alcanzó a dar un golpe, firme y directo, en el costado de la cabeza del otro. El azteca quedó aturdido, pero no tanto como para no arremeter y estrellar la pistola contra el estómago de Tristan. Con un jadeo, el ladrón retrocedió y fue brutalmente pateado en el pecho con la fuerza de un martillo. Rodó fuera de la cama, incluso mientras el hombre se levantaba, medio incorporándose de su desplome solo para que la pistola rota le estallara en la cara. Sintió que gritaba, pero apretó los dientes. Y joder, podía ver al hombre alcanzando la pistola todavía en la parte superior del arcón. Rápido, Tristan arrojó la pistola que apenas le había rozado el mentón.

El brazo del hombre se elevó para proteger su propia cabeza, pero no era en el blackcloak en lo que Tristan ponía su puntería. La pistola sobre el tronco cayó al suelo, esparciendo pólvora y perdigones por toda la habitación. Gruñendo, el Aztlán en lugar de eso alcanzó la espada en su vaina. El ladrón se quedó unos momentos en pánico, porque ¿de qué le servía un macro contra una hoja cortante?

“Las sábanas,” susurró Fortuna.

Con determinación en el rostro, Tristan lanzó de inmediato las sábanas del lecho hacia el guardia, mientras desenfundaba la espada. El extraño cortó ciegamente el algodón, desgarrándolo en varias partes, pero eso no fue suficiente. Obligándose a avanzar en lugar de retroceder, como sus instintos le ordenaban, los dedos apretaron el macro y levantó el brazo. Se lanzó rápidamente, impactando una vez más contra el costado de la cabeza del hombre. El blackcloak tropezó, aún intentando atacar con la hoja, y Tristan no fue lo bastante veloz para evitar que le cortaran el brazo izquierdo. Apretando los dientes, golpeó de nuevo. El hombre cayó sobre el tronco, retrocediendo y topándose con él, seguido por el ladrón. Golpeó una y otra vez, la culata impactando en el rostro cubierto de sábanas hasta que volvió a teñirse de rojo y el hombre dejó de moverse.

Tristan permaneció allí, arrodillado y jadeando.

“¡Mierda!” soltó con voz entrecortada.

Alzando la sábana, frunció el ceño al contemplar el irregular y sangriento caos en que había convertido al Aztlán. ¿Había acabado con su vida? Un dedo bajo la nariz verificó que todavía respiraba, aunque había recibido golpes severos. No podía asegurarlo, y Tristan había leído dos libros sobre medicina, pero no era un médico, mucho menos un cirujano profesional. Sus dedos apretaron el mango de su macro. ¿Debería acabar con él?

“No te vas a levantar,” indicó Fortuna.

“Vio mi rostro,” dijo Tristan en voz baja. “No tiene nombre, pero vio mi rostro. Si forma parte de la Guardia, pueden venir por mí.”

Nunca antes había matado a alguien que no pudiera defenderse. Dudó un instante. En lo más profundo de su mente, el tic de la espera continuaba. Sabía que pronto tendría que equilibrar esas balanzas, o el precio sería mayor.

“La misericordia siempre es un riesgo,” afirmó Fortuna con tono compasivo.

Tristan exhaló lentamente, tomando una decisión.

“Ya he visto suficiente de eso esta noche,” dijo, y dejó el macro en el suelo.

Con los brazos cerrados, rompió el cuello del hombre como su abuela le había enseñado. La muerte fue rápida y, con suerte, indolora. La misericordia que supera eso no debería pedirse a las ratas. Tristan se levantó, tomó de nuevo su macro y se preparó. Evitó mirar al muerto, y en cambio se dirigió hacia el cofre que había venido a buscar. Estaba tan ligero como cuando lo había sentido por primera vez, y claramente contenía al menos unos frascos, por el ruido que hacía al moverlo. Las correas de cuero fueron fáciles de deslizar sobre su hombro, aliviando aún más el peso. No era momento para abrirlo y curiosear en su interior, por muy tentado que estuviera.

De repente, Tristan gimió: el tic en la parte trasera de su mente, que nunca había cesado, se aceleró abruptamente. Maldición, había tardado demasiado.

Sus dedos cerrados, Tristan soltó con cautela la buena suerte que había pedido prestada. Como la cuerda de un arco, el poder de su pacto con Fortuna se revirtió, rompiendo con la fuerza con que había sido arrastrado. Había ganado suerte, y ahora debería soportar la desgracia. La intranquilidad lo invadió, y con cautela miró a su alrededor, intentando prever de dónde vendría el golpe, pero por unos instantes nada sucedió. Luego, se escuchó un leve clic: la cerradura bien engrasada, que había manipulado para entrar, volvió a abrirse. La puerta se abrió medio pie, justo lo suficiente para que la mujer que pasaba lo mirara con curiosidad. Se quedó paralizada, con los ojos muy abiertos al ver la figura del cadáver en el piso y a Tristan con sus bienes ilícitos en las manos.

Bueno, Tristan pensó vagamente, eso iba a ser algo difícil de explicar. Abrió la boca para hablar, pero ya la mujer corría por el pasillo y gritaba. Joder. Era más que tiempo de salir de allí.

“Lleva también los papeles,” dijo Fortuna.

Lo quedó mirando con los ojos abiertos de par en par. ¿Cómo suponía que eso iba a ayudar en algo?

“Será que las cosas se-”

“Confía en mí,” le urgió la diosa. “Lleva los papeles.”

Maldiciendo para sus adentros, apartó una pluma para coger la vaina de papeles y los metió a tambor batiente en el bolsillo de su abrigo. Le parecía difícil correr sin estropear lo que estuviese dentro del cofre, pero con suerte no le haría falta. De vuelta en el pasillo, escuchó gritos en la planta baja, donde la mujer lo acusaba de ser un asesino —no sin razón— y los clientes gritaban desconcertados. Había matones del arrendador allí abajo, y atravesar esa zona significaría que lo atraparan o mataran, aún si fuese el camino más rápido para salir por la puerta del Azulejo. Afortunadamente, Tristan no había ido por la puerta principal y tampoco tenía intención de salir por allí.

Corriendo hacia la última puerta del pasillo, la empujó sin resistencia y la cerró tras él. Estaba vacía, salvo por los muebles, igual que la habitación donde había asesinado a un hombre, salvo por una diferencia evidente: la misma ventana abierta sobre la mesa por donde había entrado. Había tenido que cortar las bisagras de las persianas antes, pero ahora el camino quedaba despejado directamente hacia la cuerda que había dejado colgando. Subió sin titubear, la madera protestando bajo su peso, y empezó empujando el cofre. Una vez lo atravesó, jadeando con esfuerzo, deslizó una de las correas de cuero sobre los ganchos curvos atados a la cuerda. La vio colgar un poco afuera, pero se sostuvo.

Tristan podía oír a la gente corriendo por las escaleras, incluso por la puerta, y él mismo se apresuró a salir por la ventana. Con los pies primero, se deslizó por la abertura y no sintió nada debajo durante un delicioso latido de su corazón antes de apretar la cuerda con fuerza y acercarse a la pared. La caída no era tan larga como para no sobrevivir, en caso de que cayera en el callejón abajo, pero quizás se rompería una pierna. Eso, había oído, solía complicar la fuga. Colocó el cofre sobre su espalda y descendió con rapidez, levantando una ceja cuando una mirada arriba encontró a Fortuna asomada por la ventana con una sonrisa.

“Han encontrado el cuerpo,” le dijo la diosa. “Y están abriendo todas las puertas.”

Suspiró. Si encontraban la cuerda, lo cual seguramente harían, sabrían que debían seguirlo por las calles. La caída era de unos veinte pies, nada difícil incluso tras ser cortada por un filo, y él ya había llegado abajo antes de que abrieran la puerta. Dejó la cuerda allí —no había sido barata, pero no tenía tiempo para bajarla— y empezó a avanzar por su ruta de escape. La salida siempre era la primera parte que planear cuando se trataba de robar. No tenía sentido robar algo si te atrapaban con las manos vacías. Se movió con paso firme, manteniéndose en los callejones, aunque las calles principales hubieran sido más rápidas, y se dirigió en una diagonal vaga hacia el este.

El barrio Estebra era la zona más elegante del Muro, así como la más adinerada, por eso las farolas permanecían encendidas en las calles principales durante toda la noche en lugar de apagadas o bajitas, como en el resto del Muro. Era mejor mantenerse fuera de esos lugares, demasiado riesgo de que alguien viera su rostro aunque los matones no logran alcanzarlo. Parecía que, en definitiva, no lo harían. Al principio, Tristan escuchó gritos en la calle, pero transcurrido un cuarto de hora, solo llegaban susurros de Sacromonte en la noche: el brillo de las farolas, las voces tranquilas de los hombres que recogían la calle y los sonidos ocasionales de algarabía que escapaban de alguna casa de mala reputación.

Nadie respetable salía en esa hora, lo cual siempre le parecía divertido. ¿Era acaso el firmamento menos oscuro de día que de noche? Solo las lámparas hacían la diferencia, junto con las ideas de los hombres. El ladrón no detuvo su paso hasta llegar a la frontera este del Distrito de Estebra, cerca de una de las puertas que lo conducirían a Araturo. Allí, un hombre solo que transportaba un hermoso cofre podría convertirse en presa si no tenía cuidado, por lo que Tristan encontró un callejón vacío, cuyo acceso estaba cerca de una lámpara, y se ocultó en las sombras para examinar lo que había tomado. Mejor que valiera la pena, pensó, porque la prueba de Abuela lo había visto matar a un hombre.

No la culparía por un acto que fue obra de su mano, pero ella le había ocultado cosas. Si hubiera sabido que un vigía participaba... Demasiado tarde para arrepentimientos, se dijo a sí mismo. Fortuna estaba sentada sobre lo que parecía un montón de chatarra de hierro, con su vestido rojo artísticamente dispuesto como si fuera un trono, y observaba con entusiasmo el cofre cuando lo dejó en el suelo.

“¿Tesoros, crees?” preguntó la diosa.

“Oí que dentro hay frascos,” susurró Tristan en respuesta.

“Hay elixires que valen tanto como diamantes,” insistió Fortuna.

Eso era cierto, pero Tristan dudaba que alguno de ellos estuviera en hostales de los Distritos de Estebra, vigilados solo por un hombre. El cofre de madera negra y brillante permanecía cerrado por cerrojos de cobre que se abrían con algo de fuerza, revelando un interior elaborado. Tenía veintitrés cajones pequeños, cada uno marcado con un símbolo tallado, que llenaban los cuatro lados de la caja. El centro era hueco, con pinzas de latón sujetando pequeños frascos con líquidos en tonos de gris y verde.

"¿Una caja de medicinas?" dijo Fortuna, con tono escéptico.

Los símbolos eran familiares, pensó Tristan. Abrió el cajón de la esquina superior izquierda y su ceño se levantó al encontrar dentro un pequeño paquete envuelto cuidadosamente con hojas oscuras y diminutas. Perfectamente ovaladas, ninguna más grande que la punta de un dedo. Verdad negra, se dio cuenta, y con mucho cuidado volvió a envolverlas sin tocar las hojas con los dedos.

"Una caja de venenos," respondió Tristan, con el ceño más fruncido. "Y sé cómo usarla. Se parece mucho a la que aparece en las Dosificaciones de Alvareno."

Si fuera un jugador, y lo era, apostaría a que los cajones y frascos coincidirían exactamente con el diagrama que mostraba el libro, incluyendo las diversas hierbas y sustancias sugeridas por el autor. Esto ayudaba a entender por qué Abuela insistió en que leyese y memorizara la obra unos meses atrás, mucho antes de que mencionara esta prueba, aunque todavía lo confundía. ¿Qué utilidad tendría para él un kit de venenos? Era ladrón, no un asesino. Las manos de Tristan estaban lejos de ser limpias, pero no buscaba ensuciarlas de más.

"Un poco más emocionante," concedió Fortuna.

Aún con el ceño fruncido, Tristan tomó los papeles que había recogido, quizás podrían arrojar algo de luz sobre esto. Los acercó a la luz de la calle, y respiró profundamente al notar que el primero parecía ser un contrato. ¿Realmente había matado a un vigía durante un trabajo? Continuó leyendo, atravesando las líneas apretadas de escritura, y luego maldijo suavemente.

"Te dije que dejarlo sería peor, ¿no?" murmuró Fortuna.

"Trabajaba con los hermanos Orelanna," siseó Tristan. "Todo el mundo sabe que son una tapadera de la Hoja Roja. Esto me va a costar la vida."

Los de la Hoja Roja eran, dependiendo de quién preguntara, ya sea una asociación de hombres justos y comerciantes honestos o uno de los gremios de ladrones más exitosos en la Murk. También eran conocidos por su extrema sensibilidad sobre el honor, y tendían a responder a las ofensas con ejecuciones bastante cruentas.

"Al menos no fue un contrato de la Policía," observó Fortuna. "Así que mira el lado positivo, solo hay una banda de brutales asesinos tras de ti por esto."

El Aztlán, cuyo nombre había sido Yaotl Cuatzco, aparentemente había sido contratado para matar a un dios enloquecido que se había instalado en una propiedad cerca de la frontera oriental del Distrito Estebra. Si Yaotl todavía hubiera sido de la Policía, eso habría sido muy ilegal, y los hermanos Orelanna no tenían la reputación de ser hombres lo suficientemente tontos como para poner sus nombres en contratos ilegales. Lo más probable es que el hombre fuera un desertor o un fracasado, y los hermanos hubieran contratado sus servicios con la intención de que no supieran nada en caso de que surgiera algún problema. Tristan no podría acudir a la Policía por él después de esto, lo cual le aliviaba un peso, pero no era consuelo suficiente cuando la Roja representaba una sentencia de muerte en sí misma.

“No puedo revendértelo,” suspiró Tristan, mirando la caja. “Sabrán que desapareció y preguntarán a los que venden en las ferias.”

El ladrón apreciaba a algunas de las personas que compraban las cosas que él robaba, pero habría sido un necio en confiar en ellas.

“Podrías quedártelo,” sugirió Fortuna.

A esa diosa suya le gustaba acumular cosas, sin importar lo absurdo que fuera guardar ciertos objetos. Se decía que era habitual en dioses en la pobreza como ella.

“Tarde o temprano lo descubrirían,” murmuró Tristan.

No tenía un hogar, solo escondites, y solo eran suyos mientras nadie quisiese arrebatárselos. Poco seguros. ¿Era abandonar la caja el único camino que le quedaba? Se estremeció ante esa idea, considerando que había matado a un hombre por ella. Además, quizás ni siquiera fuera suficiente. La Roja preguntaría por quiénes planeaban trabajos en la Murk, pensó, y no había ocultado mucho de lo que compraba a quienes le suministraban. Tal vez si volvía a robar esta noche para encubrir todo, ¿no? Frunció el ceño. Tristan estaba cansado, necesitaba que le revisaran ese corte, y no había inspeccionado ningún lugar a conciencia. Sería arriesgado. Y quizás lo capturarían igual, sucediese lo que sucediese. Cuando eso ocurriese... Mordió su labio. Algo no estaba bien. Las pruebas de la Abuela podían ser duras, pero nunca carecían de sentido ni eran crueles.

Debe haber más en esto de lo que él había visto. Siguió revisando los papeles, solo hallando algunas cartas personales y una orden de compra en una carnicería local por una gran cantidad de carne. Pero la última hoja, sin embargo, estaba escrita con una caligrafía distinta. Reconocía esa letra.

Tristan, mi querido hijo,

Te van a cazar. Te envié esto sabiéndolo y sabiendo que verías en mis acciones una traición.

Hay un barco llamado la Sonrisa Azul, en el Muelle del Pescatero, y ante él estará un hombre con una lista de nombres. El tuyo está en ella.

Esa es tu única salida. Cruza el Dominio de las Cosas Perdidas, supera las pruebas, y estarás fuera del alcance de cualquiera en la Ciudad.

Esperaré por ti al final del pasillo,

Abuela

Sus dedos se apretaron. Su respiración temblaba. Nada de aquello había sido una casualidad. Si no hubiese eliminado al Aztlán, Tristan habría hecho un enemigo en su lugar, y quizás la amenaza habría sido aún mayor. No había habido un final cuando entró en aquella habitación; ninguna puerta de regreso a casa. Fortuna estaba a su lado, aunque nunca había oído su presencia levantarse. Ella no se molestó en fingir.

“La Dominación de las Cosas Perdidas,” leyó la diosa. “¿Qué es eso?”

“Una isla,” respondió Tristan. “Un campo de pruebas para los arrogantes y desesperados.”

La Dama de las Altas Apuestas lo observaba con una sonrisa emocionada, apoyándose en su lado.

“¿Entonces vamos?”

En una casa en llamas, con una vida en llamas, la única salida era atravesarla.

“Una apuesta más,” aceptó en silencio Tristan Abrascal.